

DISYUNTIVAS Y ENCUENTROS

Resp. Hernán Terrazas E. Director de Asuntos Públicos
Contenido producido por Rodríguez & Baudoin,
gabinete estratégico de comunicación, líder en reputación institucional.

¿Será que Evo Morales tiene que pedir permiso para realizar una marcha hacia La Paz? Eso fue lo que dijo la alcaldesa, Eva Copa, a propósito de la intención del expresidente de encabezar una movilización hacia la sede de gobierno para “salvar a Bolivia”.

Para algunos, la amenaza de Copa es una demostración de valentía y dignidad, para otros una expresión más de la cultura autoritaria que lamentablemente se ha impuesto en el país desde hace 18 años.

El problema con eso de que el enemigo de tu enemigo es tu amigo es que, como en el caso citado de la alcaldesa alteña, se aplauden o justifican actitudes que son precisamente las que se cuestionaron antes en el comportamiento y la gestión política de Evo Morales.

El exmandatario también advertía a otros políticos o candidatos que, si querían ingresar al Chaparé, deberían atenerse a las “consecuencias”, como si esa región fuera un espacio con normas excepcionales. Pero, los mismos que censuraban los abusos del dirigente cocalero son los que hoy aplauden abusos parecidos de la alcaldesa de El Alto.

Y es que 18 años de autoritarismo en “democracia” y algunos más de gobiernos militares, fueron el episodio contemporáneo de una cultura históricamente intolerante en el país, una cultura de ajuste de cuentas, en la que menudearon expresiones como “a este país lo que le hace falta es mano dura”, “no nos vendría mal un gobierno militar”, necesitamos un presidente que no tenga contemplaciones con los movimientos sociales”, “hay que meterlos presos a esos” o, peor aun, “aquí la cosa es a bala”.

Hay una especie de competencia, por ejemplo, por saber quién es más duro con Evo Morales o, en general, con los “socialistas”. El premio es el aplauso no solo de los “arcistas”, que no estarían ahí si no fuera por Evo, sino del resto de los actores políticos que participan de la jauría por saber quién es el más radical e intransigente adversario de los izquierdistas de sello “cocalero”. Y ahí, no se trata de los argumentos, sino solamente del festín de los adjetivos.

Lo que pasó en estos 18 años de polarización es que las narrativas se imaginaron desde la “bronca” más que desde los argumentos, desde la visceralidad y los estados de ánimo alterados y no de una aproximación más racional y desapasionada a los problemas.

El peor efecto de la polarización es que sus consecuencias llegaron hasta los espacios de convivencia más cercanos: la familia, la vecindad, la comunidad y, para ir un poquito más lejos, la ciudad, donde el debate se redujo a ofensa, al intercambio de “disparos”, en el que la víctima principal fue la propia democracia.

La discusión política se ha reducido a una cuestión de “volumen”, de ruido, en la que paradójicamente la posibilidad del diálogo es observada con suspicacia, como un signo de debilidad.

En la disputa de los extremos, los valores de la izquierda, su apuesta solidaria e inclusiva, desaparecen bajo la máscara deformada de los radicalismos y la visión liberal es contaminada por un conservadurismo de confesionario.

La polarización ha convertido a Bolivia en un país de disyuntivas y no de encuentros, de sospecha y desconfianza, de autoridades que exhiben la soberbia como supuesta virtud ante la mirada complaciente de una sociedad que parece buscar siempre la revancha.